



Historia del lápiz

Durante muchos años, los lapiceros llevaban en su extremo una pequeña arandela para atarlos a una libreta de notas o al programa de baile. Según la tradición local inglesa, un carpintero de Keswick, Inglaterra, fue el primero que pensó en incluir barras de grafito en madera. Otras fuentes centran el origen de la fabricación del lapicero en Nuremberg, Alemania, pero lo cierto es que su producción era artesanal, un derecho exclusivo del gremio de carpinteros.

Curiosidades

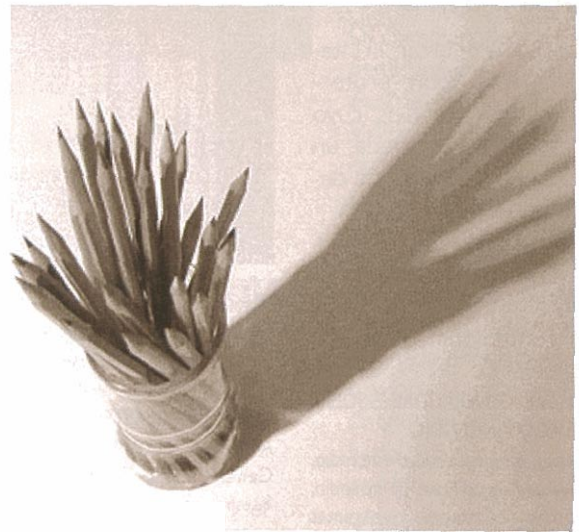
Con apenas 18 centímetros de largo, un lápiz puede dibujar una línea de 55 kilómetros o escribir más de 50.000 palabras. Cada año se fabrican más de 14.000 millones de lapiceros en todo el mundo. Puestos en fila, uno tras otro, darían la vuelta al mundo 62 veces. Sólo en la Bolsa de Nueva York se utilizan, anualmente, un millón de lápices. Los lapiceros de gran calidad se han guardado, tradicionalmente, en cajas metálicas para evitar que la madera absorba la humedad y se deforme. A finales del siglo XIX y principios del XX, la escasez de cedro rojo, la madera utilizada en los lápices en Estados Unidos, motivó que los fabricantes tuvieran que comprar graneros viejos y cercos de esta madera, así como sustituirla por el cedro de incienso (del sur de Oregón y California). En un editorial del diario New York Times se les acusaba de ser poco previsores. En 1975, el Khrner Rouge, partido comunista de Camboya, decidió crear una economía agraria. Entre otras medidas, mandó evacuar todas las ciudades del país y prohibió el uso de lapiceros porque se consideraban «instrumentos de comunicación de las clases dominantes»).

El compositor español Francisco Alonso, autor del chotis El Pichi,

coleccionaba lápices. Contaba con ejemplares tan curiosos como un lápiz-tenedor con el que escribía música y pinchaba patatas fritas; también tenía un lápiz_pipa; otro destornillador y uno con un reloj.

Formas de lápices

En un principio, los lapiceros tenían la forma redondeada porque ésta era la más sencilla y cómoda para fabricarlos, sin embargo, la manera natural de partir el grafito era en barras rectangulares. La combinación de ambas dio lugar a los lapiceros hexagonales. La forma triangular de algunos lapiceros responde a cuestiones ergonómicas. A su favor cuenta con un sólido argumento: basta con descubrir el triángulo que se forma cuando se unen los tres dedos que sujetan un lápiz. Eso sin contar que tiene otras ventajas, como evitar que rueda por el escritorio. Sin embargo, no han contado con la aceptación de los consumidores y su fabricación requiere más madera. Tanto los artistas como los arquitectos suelen preferir los lápices de forma redondeada. El autor de Las uvas de la ira o Al este del edén, John Steinbeck, que escribía durante seis horas cada día, afirmaba que los lapiceros debían ser redondos porque «(pueden voltearse más fácilmente». Y utilizaba un afilador mecánico para no



desperdiciar tiempo afilando los numerosos lápices que gastaba cada día. Además, y según su estado de ánimo, empleaba de diferentes tipos: suaves, duros...

Referencias: escritores, pintores...

El inventor de la bombilla, Thomas Edison, convenció a la compañía Eagle Pencil (en la actualidad, Sandford, del grupo Newell Rubbermaid) para que le fabricara unos lápices a la medida... del bolsillo de su chaleco. Para el escritor estadounidense Ernest Hemingway, un buen día de trabajo era aquél en el que gastaba 14 lápices. En La aventura de los tres estudiantes, publicada en 1895 por sir Arthur Conan Doyle, el infatigable investigador Sherlock Holmes ya advierte al doctor Watson de que el alemán Johann Faber es el nombre del fabricante más conocido de lapiceros. También los ilustradores Eugène Viollet-le-Duc y Gustave Doré elogiaron los lapiceros de Faber, Caran d'Ache no sólo es una conocida marca suiza de lápices y estilográficas, también es el pseudónimo del ilustrador y caricaturista ruso Emmanuel Poiré, uno de los principales representantes de la Belle Époque. El barón Philippe de Rothschild, famoso por sus vinos,



tenía en todos los cuartos de su castillo, incluidos los baños, un lápiz y un papel. ¿La razón? «Si tengo una buena idea, necesito escribirla en e momento. Una buena idea es algo que no puede correr el riesgo de perderse)). APURA – LÁPICES Los apura-lápices nacieron para la comodidad de arquitectos y dibujantes, ya que en los trabajos de precisión necesitaban que el lápiz mantuviese su peso a pesar del desgaste. En España, fueron muy utilizados durante los años de posguerra, porque permitían aprovechar el lápiz hasta el final. Aquí, se puede ver uno actual, de madera, para los dibujantes de bellas artes; el metálico, más largo, es de los años 40, y el pequeño, también de esa época, se podía llevar pinzado en el bolsillo de la camisa o chaqueta.

Grafito

Pocas veces se utiliza grafito puro para fabricar los lapiceros por su elevado coste y porque es un mineral blando y graso. Por eso, lo habitual es mezclarlo con arcilla. La dureza de los lapiceros depende de la proporción entre grafito y arcilla, cuanto más grafito se utilice más blando y oscuro es e trazo. El diamante y el grafito tienen un origen común: son formas diferentes del carbono. Los lápices se clasifican, según la intensidad del trazo y a dureza de la mina, con números y letras. Los de mina dura van del 4H al 9H (la h viene del inglés hard, duro) y se utilizan en trabajos de precisión, como gráficos o mapas; los de dureza media, F (firme) y HB (hard black) se emplean en dibujo técnico: mientras que los blandos, del 2B al 7B (de black, negro), son adecuados para el relleno de dibujos y trazos

gruesos, también se usan en bocetos y caricaturas. Para distinguir las diferentes durezas de la mina y la oscuridad de los trazos, Faber desarrolló un sistema de siglas: BB, B HB, F, H, HH, HHH. En la Exposición Universal de 1862, en Londres, mostró 16 grados. La compañía estadounidense Dixon fue a primera. a mediados del siglo XIX, en ser capaz de fabricar lápices en serie. Ofrecía hasta 11 diferentes de lápices y su sistema de clasificación eran las letras WS, MB y VWH. Sin embargo, a principios del siglo XX, el sistema europeo diseñado por Faber, con las siglas HH, se impone al americano.

Sacapuntas

Los sacapuntas más grandes se diseñaron para estar atornillados a una mesa o a escritorio. En la época en que se usaba el modelo que puedes ver en esta vitrina, aproximadamente 1920, algunas mujeres tenían como único trabajo afilar la punta de los lápices de todos los trabajadores. El primer utensilio que se utilizó para afilar a punta de los lapiceros fue una variación del cortaplumas e incluso un cuchillo o una navaja. Requería tal destreza (para no malgastar e grafito) que en las escuelas eran los profesores quienes se encargaban de afilar los lápices de los alumnos mientras éstos recitaban la lección. E alumno más aventajado podía convertirse en su ayudante. Esta tradición se ha mantenido, en cierta manera, hasta bien entrado el siglo XX. En muchos colegios, la mesa del profesor tenía un sacapuntas, como éste de El Casco, que, además, ofrece la ventaja de poder sacar diferentes tipos de punta